

## BECQUER Y MACHADO: ECOS, REMINISCENCIAS Y CORRESPONDENCIAS

José Moreno Villa y José Luis Cano han señalado algunos de los versos, palabras y dejos becquerianos que aparecen en «Soledades», «Galerías» y otros poemas. Se trata de las primeras obras de Machado y acaso las más afectadas por el recuerdo del gran poeta del amor y del dolor. Algunos pormenores preliminares de estos estudios podrían interesarnos. Moreno Villa apunta, por ejemplo, el uso que hace Machado de los indeterminados «un», «una», «algunas», «algún» para dar la impresión, muy romántica y, sobre todo, becqueriana, de imprecisión y vaguedad<sup>1</sup>. Cano nos recuerda unos versos de Machado que acaso le habrían gustado a Bécquer<sup>2</sup>. En ellos don Antonio dice que «prefiere la rima pobre / la asonancia indefinida. / Cuando nada cuenta el canto, / acaso huelga la rima»<sup>3</sup>. Moreno Villa documenta cómo Machado, entre otras cosas, sin duda, heredó directamente de Bécquer la palabra «sombra» y probablemente el vocablo «polvoriento» de aquella arpa «cubierta de polvo»<sup>4</sup>.

En efecto, nos hemos fijado cómo una sola palabra puede servir como marcador para identificar una correspondencia con Bécquer, por más que el tema aparente sea distinto en los poemas de cada poeta. El oído vigilante y sensible al tono tal vez reconocerá las delicadas notas. Pongo por caso el poema II de «Soledades» que declara: «En todas partes he visto / caravanas de tristeza, / soberbios y melancólicos / borrachos de sombra negra»<sup>5</sup>. Bécquer, hablando de sí en la Rima LXVI, se interroga: «¿Adónde voy? El más sombrío y triste de los páramos cruza: / valle de eternas nieves y de eternas / melancólicas brumas»<sup>6</sup>. Muchas veces me he preguntado por qué

---

1. JOSÉ MORENO VILLA: *Leyendo a...* (México: Colegio de México, 1946), págs. 85-86.

2. JOSÉ LUIS CANO: *Poesía española del siglo XX* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1960), págs. 92-93.

3. ANTONIO MACHADO: en *Obras completas de Manuel y Antonio Machado* (Madrid: Pleni-tud, 1967), pág. 936. Todas las referencias subsiguientes a los textos de Machado son de este libro.

4. MORENO, págs. 87-88.

5. MACHADO, pág. 661.

6. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1954), pág. 480. Todas las referencias subsiguientes a los textos de Bécquer son de este libro.

creo que existe un parentesco entre estas dos estrofas. Naturalmente, la palabra «melancólica» antepuesta al sustantivo y pluralizada —«melancólicos borrachos» frente a «melancólicas brumas»— me hizo reconocer un parecido superficial. Pero hay algo más: sin duda un tono de desaliento angustioso predomina en ambos poemas. Aparece la palabra «triste» en la Rima de Bécquer y «tristeza» en el poema de Machado. Más importante, en los versos de éste serán aquellas «caravanas de tristeza» unidas a la locución «por todas partes», que dan la impresión de una lenta y penosa travesía por desolados espacios de gran extensión. Quizás sea eso: en fin, ¿no es cierto que Bécquer nos invita a «cruzar» «el más sombrío y triste de los páramos»?

De ahí que el asiduo lector de las obras de Bécquer pueda identificar en muchos poemas de Machado estos ecos o reminiscencias, sean fragmentos de versos, variantes de ideas o francas paráfrasis. Si Bécquer nos cuenta en la Rima LII «Tengo miedo de quedarme / con mi dolor a solas»<sup>7</sup>, Machado dirá en «Elegía de un Madrigal» que «se alzó en silencio para llorar a solas»<sup>8</sup>. Si, en la Rima LXXI, en un ambiente de ensoñación, Bécquer oye «resonar» en su oído «un vago sonido como el de un rezo»<sup>9</sup> y, sin dilación, cree sentir «una voz delgada y triste que [le] llamó a lo lejos», en «Cante hondo» llegará al oído de un Machado meditabundo «el plañir de una copla soñolienta»<sup>10</sup>. Y ¿quién, recordando la «mano de nieve» que ha de arrancar las cuerdas de aquella célebre «arpa» becqueriana, no reconocerá en el mismo poema «la nerviosa mano en la vibrante cuerda»?

Algunas veces, la temática y el tono general de los poemas comparados son notablemente similares. Tanto es así, que los dos poetas se diferencian principalmente por cierta reorganización de las palabras o por alguna disposición gramatical del verso. El ambiente descrito, igual en todos los otros aspectos, invade todo. Los siguientes versos de la Rima LXXIII de Bécquer, traen a la memoria un tono lúgubre y una historia de desconsuelo; dicen: «Del último asilo / oscuro y estrecho / abrió la piqueta / el nicho a un extremo. / Allí la acostaron, / tapáronla luego / y con un saludo / despidióse el duelo»<sup>11</sup>. En la estrofa siguiente aparece el sepulturero<sup>12</sup>. Pero, escuchemos unos versos que Machado dedica en «Soledades», poema IV, al entierro de un amigo; dice: «de los gruesos cordeles suspendido / pesadamente descender hicie-ron / y al reposo sonó con recio golpe / solemne en el silencio»<sup>13</sup>. La disposición de la frase preposicional inicial es igual. Las dos estrofas se parecen por una selección léxica que sugiere golpes de la azada y el descenso del féretro

7. BÉCQUER, pág. 473.

8. MACHADO, pág. 704.

9. BÉCQUER, págs. 483-484.

10. MACHADO, pág. 674.

11. MACHADO, pág. 674.

12. BÉCQUER, pág. 487.

13. MACHADO, pág. 663.

en la fosa. Con ligeras variantes, el poema XII de «Soledades» muy becquerianamente repite el tema: «Los golpes del martillo / dicen la negra caja; / y el sitio de la fosa / los golpes de la azada.»<sup>14</sup>

Aparece también en Machado el tema de la herida aguda. Escribe en el poema X de «Soledades»: «en el corazón tenía / la espina de una pasión; / logré arrancármela un día, / ya no siento el corazón», y más adelante, «Aguda espina dorada / quien te pudiera sentir / en el corazón clavada»<sup>15</sup>. Dice Bécquer en la Rima XLVIII: «Como se arranca el hierro de una herida / su amor de las entrañas me arranqué / aunque sentí al hacerlo que la vida / me arrancaba con él»<sup>16</sup>. José Luis Cano ha señalado cómo Machado emplea la imagen de la espada para expresar la mordedura del amor, Bécquer, la del hierro en la herida para subrayar un más doloroso agarramiento. Los dos se sirven del verbo «arrancar» y lamentan el vacío emocional<sup>17</sup>. No obstante, Rafael Lapesa sugiere que Machado podría haber tomado estas imágenes de Rosalía de Castro<sup>18</sup>, quien también en «Follas Novas» habla de un «cravo/cravado no corazón». Rosalía emplea la palabra «ferro», el verbo «arrincar» y se queja del mal tan hondo que sufre<sup>19</sup>.

El dolor unido a la nostalgia es probablemente un tópico de la poesía de Bécquer. Algunas golondrinas pueden volver al balcón «sus nidos a colgar», pero, «aquéllas que aprendieron nuestros nombres / ésas no volverán». Tampoco las específicas «palabras ardientes» del amor se repetirán<sup>20</sup>. En este tipo de Rima, Bécquer expresa su angustia en torno de un escenario: nido, ventana, jardín y tapias. Machado hace lo mismo. En «Campos de Castilla», poema XXV, evoca, por ejemplo, la presencia de Leonor, antiguo testigo de «los álamos del río», de «los ramajes yertos» o del «Moncayo azul y blanco». Lamenta la ausencia de la amada y acaba por caminar «solo, triste, cansado, pensativo y viejo»<sup>21</sup>. Sin duda, esta especie de poesía es de ilustre alcornia romántica. Pero, me han llamado la atención unos poemas de Machado que me parecen ser de más segura estirpe becqueriana. Recordamos la Rima LXX de Bécquer, la cual describe un pueblo viejo. La amada, probablemente una monja, queda enclaustrada, fuera del alcance detrás de unas musgosas paredes. El poeta, angustioso y solitario, camina exclamando, entre otras cosas: «¡Cuántas veces trazó mi triste sombra / la luna plateada / junto a la del ciprés que de su huerto / se asoma por las tapias! / Cuando en sombras la iglesia se envolvía / de su ojiva calada / ¡cuántas veces temblar sobre los

14. MACHADO, pág. 672.

15. MACHADO, pág. 671.

16. BECQUER, pág. 471.

17. CANO, págs. 103-105.

18. RAFAEL LAPESA, Bécquer, Rosalía y Machado, *Insula*. Números 100-101 (Año IX, 30 de abril, 1954), 6.

19. ROSALÍA DE CASTRO: Poesía, segunda ed. (Madrid: Alianza, 1980), págs. 115-116.

20. BECQUER, págs. 473-474.

21. MACHADO, pág. 804.

vidrios / vi el fulgor de la lámpara!»<sup>22</sup>. En el poema XII de «Galerías» Machado describe un escenario semejante. Hace aparecer una casa, aludiendo a una mujer quizás ausente. Se apuntan específicas semejanzas con la Rima de Bécquer. Además, nos ha llamado la atención que la casa reposa sobre un «montón de escombros arruinada»<sup>23</sup>, posible injerto de la plaza escondida y triste en donde en la leyenda «Tres fechas», Bécquer o el narrador, entre «la basura y los escombros arrojados de tiempo inmemorial» andaba solo y pensativo<sup>24</sup>. En este caso, hay también una muchacha enclaustrada, ausente, que, por añadidura, va a tomar hábito<sup>25</sup>. Igual que en la Rima de Bécquer, Machado repite en su poema el adjetivo «triste» y habla de una «luna plateada»<sup>26</sup>. El poema X de «Soledades» reitera el tema, a veces parafraseando la Rima de Bécquer. Este dice «por la desierta plaza»<sup>27</sup> y Machado «a la desierta plaza»<sup>28</sup>. Si Bécquer declara «cuando en sombras la iglesia se envolvía»<sup>29</sup>, Machado se refiere al «paredón sombrío de una ruinosa iglesia»<sup>30</sup>. Sobre todo, Bécquer evoca la luna que traza su sombra «junto a la del ciprés que de su huerto / se asoma por las tapias»<sup>31</sup>, mientras que Machado versifica «la tapia blanquecina de un huerto de cipreses»<sup>32</sup>. Esto también me recuerda que en «Campos de Castilla» hay un poema de Machado titulado «Noche de verano». El poeta también se pasea en un viejo pueblo y, según esos versos, lo hace «solo como un fantasma»<sup>33</sup>. Así, acaso se trae a la memoria a aquella vieja de la Rima LXX que confunde al solitario caminante con el alma de «algún sacristán muerto»<sup>34</sup>.

La índole del sueño quimérico y romántico que Machado heredó a través de Bécquer ha sido estudiada muy bien por José Luis Cano en el libro que citamos y por Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*. Cano, entre otras cosas, trata de la presencia en los sueños de figuras femeninas o ángeles<sup>35</sup>. Y Bousoño observa el gran paso adelante que da Machado, en relación con Bécquer, al liberarse de las trabas del sueño fisiológico, todavía indispensable en la poesía del siglo diecinueve<sup>36</sup>. Yo agregaría acaso algún pormenor acerca del diálogo, algunas veces amoroso, con el ángel, la figura femenina u otra entidad misteriosa —en fin, hablaría de la interacción del «tú»

22. BÉCQUER, pág. 482.

23. MACHADO, pág. 724.

24. BÉCQUER, pág. 389.

25. BÉCQUER, pág. 399.

26. MACHADO, pág. 724.

27. BÉCQUER, pág. 482.

28. MACHADO, pág. 670.

29. BÉCQUER, pág. 482.

30. MACHADO, pág. 670.

31. BÉCQUER, pág. 482.

32. MACHADO, pág. 670.

33. MACHADO, págs. 765-766.

34. BÉCQUER, pág. 483.

35. CANO, págs. 94-97.

36. CARLOS BOUSOÑO: *Teoría de la expresión poética* (Madrid: Gredos, 1956), págs. 146-153.

y del «yo»—. El tiempo disponible me obliga, sin embargo, a abreviar. Terminaré discutiendo un tema que por el momento me parece más trascendental.

Seguramente está implícito en muchos poemas de Machado y de Bécquer un sentimiento de solitario desaliento frente al monótono transcurso del tiempo. Dice Machado explícitamente en «Elegía de un madrigal»: «Recuerdo que una tarde de soledad y hastío / ¡Oh tarde como tantas! el alma mía era / bajo el azul monótono, un ancho y terso río»<sup>37</sup>. Pero el vínculo más fuerte con la poesía de Bécquer se debe, sin duda, al poema cuyo título, «Hastío», resume cuanto hay de penosa desesperación en la espera sin objeto. Dice Machado: «Del reloj arrinconado / que en la penumbra clarea / el tic-tac acompasado / odiosamente golpea. / Dice la monotonía / del agua clara al caer / un día es como otro día / hoy es lo mismo que ayer»<sup>38</sup>. Los versos de Bécquer ya habían tratado el mismo tema: «Hoy como ayer, mañana como hoy / y ¡siempre igual! / Un cielo gris, un horizonte eterno / y ¡andar..., andar! / Moviéndose a compás como una estúpida / máquina el corazón; / la torpe inteligencia del cerebro / dormida en un rincón»<sup>39</sup>. Robert Pageard señala cómo en el poema de Bécquer «la mecánica sustituye a la vida»<sup>40</sup>. Para ambos poetas, el odioso reloj que cuenta los segundos y las horas sigue impasible su curso sin que el hombre pueda detenerlo.

Ahora bien, esta exasperante monotonía del tiempo fugaz en cierto modo anuncia el oficio del poeta, cuya meta consiste en contrarrestarlo. Pero esto se reduce a un problema de palabras. Los recuerdos, los grandes momentos, las experiencias profundas, son, a menudo, puro sentimiento, reminiscencias de vagas imágenes. La memoria, agotada por el tiempo, puede traicionar y el recuerdo volar. ¿Qué hacer? Estar vigilante, acechar el momento, estar alerta al matiz. Para Bécquer la captación de un trozo del recuerdo exigiría la adaptación de un lenguaje sencillo y sincero que llegara al corazón. Que se acerque a su objeto rápido sin retórica como una «chispa eléctrica»<sup>41</sup> antes que se desvanezca del todo la idea o la imagen evocadas. Además, la palabra es «tímida y perezosa», según nos dice el poeta en su «Introducción sinfónica»<sup>42</sup>. Al estirarse para llegar a su meta es fácil, dice Bécquer, que cayese amorfa en su «antiguo marasmo»<sup>43</sup>. ¡Qué bien Gustavo Adolfo expresó estas ansias por domar «el rebelde mezquino idioma»<sup>44</sup>, por encerrar aquel gran «himno» que contiene el secreto de la «noche del alma»!<sup>45</sup>.

37. MACHADO, pág. 704.

38. MACHADO, pág. 711.

39. BECQUER, pág. 475.

40. ROBERT PAGEARD, ed., *Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer* (Madrid: Clásicos Hispánicos, C.S.I.C., 1971), pág. 300.

41. BECQUER, pág. 1.297.

42. BECQUER, pág. 46.

43. BECQUER, pág. 46.

44. BECQUER, pág. 439.

45. BECQUER, pág. 439.

Machado entendía muy bien ese anhelo de aprisionar la vivencia por medio de la palabra. Aprendió de Bécquer lo que llamó «palabra en el tiempo, el tiempo psíquico irreversible», según la feliz terminología de Juan de Mairena<sup>46</sup>. Machado había descubierto que Bécquer era en fin un «enjaulador del tiempo»<sup>47</sup>. Reflexionemos bien: Bécquer trató de encerrar en un espacio reducido ideas y sentimientos, intervalos del tiempo sacados del recuerdo. Es más: puede decirse que en él fue una pasión. Pongamos unos ejemplos. En la Rima LXIII Bécquer dice que de su vida había hecho tal uso que «juraría que he condensado un siglo en cada día»<sup>48</sup>. En la Rima LXIX coloca la duración de toda una vida en el «brillar de un relámpago»<sup>49</sup>. Habla en la Rima LXXVI del «ansia de esa vida de la muerte para la que un instante son los siglos»<sup>50</sup>. El mismo principio en fin parece guiar la pluma en unas escenas de la leyenda «Tres fechas». Allí, al describir una visión casi apocalíptica, el poeta se esfuerza por poner en un mismo plano las épocas y los personajes históricos. Lo hace intentando reducir a un núcleo espacial y temporal un edificio árabe antiquísimo hecho palacio de un monarca castellano y, posteriormente, convento. Crea un marco en que al mismo tiempo le parece que «veía claramente sucederse las épocas y derrumbarse unos muros y levantarse otros»<sup>51</sup>. Esta evocación es la culminación de un proceso descriptivo que, según Bécquer, «en vano» había tratado de «describir con palabras»<sup>52</sup>. En todo caso, creo que Machado ha heredado especialmente de Bécquer este peculiar afán de condensar elementos del recuerdo. Por ejemplo, en el poema «Parergón», de «Nuevas canciones», el poeta piensa enmarcar para siempre el recuerdo de una amada muerta. Dice el personaje principal: «pensó que guardaría / todo su ayer en el espejo claro. / Ya el tiempo para él no correría»<sup>53</sup>. Pero, momentáneamente la memoria falla: el espejo le traiciona, olvida el color de los ojos de la amada y sufre «un doble luto, el corazón cerrado...»<sup>54</sup>. El personaje del poema por fin pudo «enjaular» una imagen, unos ojos transformados, unos ojos brillantes que se aparecen en el hueco oscuro de la ventana.

Otro método usado por Bécquer para enjaular el tiempo, y probablemente heredado por Machado, estriba en el uso de símbolos. En esta técnica se seleccionan objetos de relativa permanencia y éstos se representan como una fortaleza contra los estragos del tiempo. Bécquer escoge un arpa escon-

---

46. MACHADO, pág. 1.165.

47. MACHADO, pág. 1.165.

48. BECQUER, pág. 476.

49. BECQUER, pág. 482.

50. BECQUER, pág. 491.

51. BECQUER, pág. 395.

52. BECQUER, pág. 394.

53. MACHADO, págs. 916-917.

54. MACHADO, págs. 916-917.

dida y cubierta de polvo —por lo menos ésta—, inmóvil, puede *esperar* la «mano de nieve», a aquel genio que ha de arrancar sus cuerdas<sup>55</sup>. Elige una estatua funeraria escondida en un rincón oscuro, ya que la piedra y la estatua, hermosamente entallada, pueden durar muchos siglos<sup>56</sup>. Destacará los cristales de un balcón y unas golondrinas, pues por su recuerdo vuelve a «vivir» un amor desaparecido<sup>57</sup>. Pone de relieve un escudo como «cabal emblema» de un «constante» amor, aunque éste ya no existe<sup>58</sup>. Machado, por su parte, se siente conmovido por la fuente, estable testigo de las movilizaciones aguas<sup>59</sup>. Se extasia ante un olmo seco, podrido por dentro, pero, en fin, centenario y valiente ante la acción de los años<sup>60</sup>. Sin duda, también, las moscas, por más que revoloteen, vivan y mueran en ciclo eterno, son perennes testigos, de relativa constancia, frente a las actividades humanas. Para Machado son, en efecto, «moscas de todas las horas / de infancia y adolescencia, de [su] juventud dorada»<sup>61</sup>.

Pero estos objetos, en cierto modo «personificados», sólo pueden atestiguar indiferentes el impetu de las fugaces horas. Son mudos intermediarios entre el pasado, el presente y el futuro. Sólo el poeta puede reunir los recuerdos, salvar del olvido las ideas y experimentar de nuevo los sentimientos. Si el reloj es simbólico de un odioso compás sin objeto, el hombre puede meterse en medio, actuar, mostrarse fuerte contra la marea del tiempo. Su tiempo es distinto. Dialoga Machado con el reloj interrogando: «Pero ¿tu hora es la mía? / ¿Tu tiempo, reloj, el mío? / (tic-tic, tic-tic...) Era un día / (tic-tic, tic-tic) que pasó / y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó»<sup>62</sup>. Sólo así puede el poeta evocar la amada, expresar su dolor, mostrar simultáneamente que, pese al tiempo, la emoción vive aún. El poeta encuentra la palabra, busca el ritmo, establece el acento. Todo proviene de la sensibilidad y la memoria del poeta. Decía Bécquer que «Sólo a algunos seres les es dado el guardar como un tesoro la memoria viva de lo que han sentido. Yo creo que estos son los poetas. Es más: creo que únicamente por esto lo son»<sup>63</sup>. Como Bécquer, que se consideró en la Rima V «invisible / anillo que sujeta / el mundo de la forma / al mundo de la idea»<sup>64</sup>, Machado colocó al poeta como intermediario entre los estragos del tiempo y el recuerdo vivo. Terminaré leyendo algunas estrofas del poema XI de «Elogios», de Machado, que resumen la función del poeta frente al tiempo:

55. BECQUER, pág. 448.

56. BECQUER, págs. 490-491.

57. BECQUER, pág. 473.

58. BECQUER, pág. 469-470.

59. MACHADO, pág. 734.

60. MACHADO, pág. 799.

61. MACHADO, pág. 703.

62. MACHADO, pág. 812.

63. BECQUER, pág. 669.

64. BECQUER, pág. 447.

El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;  
socava el alto muro, la piedra agujerea;  
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde;  
sobre las frentes cava los surcos de la idea.

Pero el poeta afronta el tiempo inexorable,  
como David al fiero gigante filisteo;  
de su armadura busca la pieza vulnerable,  
y quiere obrar la hazaña a que no osó Teseo.

Vencer al tiempo quiere. ¡Al tiempo! ¿Hay un seguro  
donde afinar la lucha? ¿Quién lanzará el venablo  
que cace esa alimaña? ¿Se sabe de un conjuro  
que ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?

El alma. El alma vence – ¡la pobre cenicienta,  
que en este siglo vano, cruel, empedernido,  
por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!  
el ángel de la muerte y al agua del olvido.

Su fortaleza opone al tiempo, como el puente  
al ímpetu del río sus pétreos tajamares;  
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,  
sus aguas cenagosas huyendo hacia los mares<sup>65</sup>.

EUGENE B. HASTINGS

---

65. MACHADO, pág. 862.